

Tirso Canales

CATALOGADO



Nació en San Salvador el 26 de marzo de 1933

Ha publicado poesía, teatro y ensayo filosófico. Los cuentos que publicamos pertenecen a libro en preparación: **Satanás es Inocente y otros cuentos.**

SATANAS ES INOCENTE

--Ahora que he recobrado la salud y que me siento bastante reanimado se lo contaré todo, dijo Eduardo. Mi azarosa vida comenzó el día 15 de mayo de 1939, como a eso de las tres de la madrugada. En humilde pero agradable casa campesina vivían mi padre, mi madre y cinco hijos. Yo era uno de ellos. Nuestra propiedad (pues la casa nos pertenecía), estaba situada a unos treinta kilómetros hacia el sur de San Salvador, no lejos de una hacienda llamada "Casa de Piedra".

Mi padre era **hermano**, es decir, miembro de una de las tantas sectas protestantes que hay en el país. Su costumbre más acendrada era la práctica de la oración. Oraba por todo y a cada rato: a la hora de acostarse por la noche, a la hora de levantarse por la mañana, antes de comer, después de comer. En fin, oraba por esto y por aquello; para estar a salvo --según lo expresaba con frecuencia-- de todo tipo de males previstos o imprevistos, terrenales y ultraterrenales.

En los últimos meses anteriores a la **desgracia** --como empezamos a llamar al acontecimiento de que voy a ocuparme-- mi padre acrecentó su ritmo de oraciones en forma desconcertante, quizás impulsado por un mal presentimiento. A cualquier hora de la noche, tuviéramos deseos de rezar o no, nos despertaba para que lo acompañáramos en su oración. Con inmenso fervor pronunciaba la plegaria mayor. Después, cada uno de nosotros recitaba un pasaje cualquiera de la Biblia, aprendido de memoria. Aunque yo era apenas un niño de siete años de edad, también echaba al aire mi párrafo bíblico. Generalmente decía el conocido Salmo 96 que --según afirmaba mi padre-- es una especie de tabla de salvación, cuando se está en peligro.

En aquel entonces, ¡qué iba yo a saber de peligros ni de nada semejante! Atrodillado, entre dormido y despierto, recitaba mi salmo y salía del compromiso. Después de la oración todos regresábamos a las camas para reanudar el sueño. A mis hermanos mayores aquello de levantarse cada noche para rezar los irritaba, aunque disimulaban sus sentimientos. Hubo noche en que fuimos sacados de las camas hasta tres veces. Esto demostraba las congojas de mi padre. Si mis hermanos protestaban contra tan rara costumbre, el fervoroso creyente los reprendía con severidad. Al mismo tiempo aseguraba que al Señor no se le debía ofender de ese modo, porque estaba en su capacidad quitarnos hasta el pan cotidiano. Mi madre intervenía entonces, para defender a los rebeldes. Y así se entablaba serias discusiones entre marido y mujer. Mi madre llegaba a decir que tal vez el Dios de su esposo no existía, que toda aquella doctrina religiosa podría ser mentira; que era, quizás, una forma disimulada de engañar bobos, etc., etc. Por fin la pobre callaba. Nunca pudo entrar de lleno en la religión de su esposo. Siempre se mantuvo dentro de la doctrina católica, que aprendió entre los suyos cuando era niña. Se esforzaba para que nosotros, sus hijos, no aceptáramos las enseñanzas de mi padre.

La madrugada del quince de mayo del año mencionado anteriormente no

fue como las otras después de los rezos de medianoche no regresamos a nuestras camas para reanudar el sueño. Teníamos que emprender un duro viaje. El día anterior visitaron nuestra propiedad —ya convertida en ex-propiedad— el abogado del banco donde mi padre había obtenido un préstamo hacía algún tiempo, el Juez de Paz, dos parejas de guardias nacionales y toda una patrulla cantonal.

Notificaron a la familia que era inobjetable la resolución tomada en contra de nosotros. Incluso, afirmaron que debíamos desocupar la casa inmediatamente, pues el plazo fijado por las autoridades que habían practicado el embargo, terminaba precisamente el día de aquella madrugada.

—Nada puedo hacer por usted, don Leoncio, explicó el Juez de Paz, que era amigo de mi padre. Como usted sabe, yo únicamente cumplo con la Ley. Un consejo puedo darle: si consigue dinero, tal vez pueda recobrar la propiedad. El banco es ahora legítimo dueño de ella. Creo que la subastará muy pronto.

Nosotros, los pequeños, oíamos todo sin entender mucho. Ni siquiera mis hermanos mayores se daban cuenta cabal de la desgracia, según me lo confesaron largo tiempo después. Mi madre entendía un poco lo esencial de aquel desastre, sintiendo en alma y cuerpo que habíamos sido despojados del terreno donde teníamos establecida nuestra propia casa. Mientras tanto, mi padre aseguraba que el culpable de todo aquello era Satanás. Decía y repetía que el Maligno se había propuesto arruinarlos y rogaba a su Dios que tuviera piedad de nosotros.

—De modo que ya está notificado, señor, dijo el abogado del banco, tal como consta en los folios 47 y 48 de la causa instruida por el honorable tribunal judicial. La forma del embargo es a puertas cerradas. Hay que conocer los procedimientos a seguir. Literalmente la resolución dice: “Sólo podrá sacarse (de la casa) la ropa de uso personal, los trastos de cocina y alguna otra cosa similar. No así lo que actualmente se cosecha en la finca, ni mucho menos animales domésticos, inventariados por las autoridades, con arreglo a derecho”.

En esa forma nos obligaron a huir de nuestra casa. Seguíamos llamándola nuestra, por el cariño que le tuvimos. Era tan agradable aquella finquita. Pero la realidad... ¡ay, la realidad!

Cuando salimos a la calle en la mañana de mayo y nos detuvimos frente al zaguán de la vivienda, mi padre nos ordenó que nos arrodilláramos para pedir clemencia a Dios. Mi madre se opuso a su deseo y mandó que camináramos. Cada uno de nosotros cargaba su tesoro: una pequeña maleta, un simple recuerdo, algo muy querido. De ese modo nos despedimos para siempre de nuestro hogar.

El airecillo fresco se filtraba entre los frondosos macizos de hojas del platanar. Por última vez oímos, mientras nos alejábamos, el derribo de trinos de miles de pájaros tropicales, que anidaban en las arboledas de nuestra ex-propiedad y en los montes aledaños.

Mi padre no fue un hombre de testa bravía, como suelen llamar ciertos hijos a los varones que los engendraron. Fue tan sólo un hombre del pueblo, apenas medio instruido, pero con noble y generoso corazón. Ahora, como añadidura a su simpleza, le caía encima el dolor de no tener ni cama donde morir decentemente.

Mi madre recuerda a mi padre, porque es una esposa fiel, pero supongo que lo hace con algo de resentimiento. Piensa que la religión que su esposo practicaba nos trajo mala suerte. La propiedad que nos arrebataron había sido heredada por ella. No lograba olvidar que del préstamo obtenido en el banco sólo una parte fue invertida en mejorar la finca. Buena porción de él engordó las alcancías del Templo Central de la secta religiosa de su marido. Además, con frecuencia nos visitaba en los tiempos buenos el hermano Naihggart y otros hermanos. Siempre salían de nuestra casa cargados de obsequios. Cuando caímos en desgracia el afecto de esas gentes, que parecía interminable, se fue extinguiendo poco a poco.

Entre angustias y decepciones murió mi padre en lluviosa noche de junio. Sentimos mucho su ausencia, mas llegamos a pensar así: muerte rápida, sin agonía, y a lo mejor deseada.

* * *

Algo agradezco especialmente a mi padre que siempre nos hablara con digna comprensión de los trabajadores y de los pobres. Para hacerlo recurría al ejemplo de Cristo, repitiéndonos que el Señor sufrió muerte en la cruz por demandar justicia para los miserables, para los explotados. Esas frases bíblicas, oídas tantas veces cuando aún mi conciencia estaba en las primeras etapas de su desarrollo, alumbraron tempranamente mi visión del mundo. Entre las referencias más usadas por mi padre estaban aquellas palabras que Jesús dijo: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de los Cielos". Tales afirmaciones, ilustradas en la realidad por nuestra inevitable pobreza y por múltiples humillaciones sufridas, me obligaron a meditar sobre asuntos muy serios. Aun razonaba en forma elemental frente al adjetivo pobre colocaba el de rico; frente a la muerte de Cristo, luchando por la libertad y dignidad de los explotados, situaba la realidad nuestra, o sea la negación de la libertad. Estos razonamientos, aunque hoy me parezcan pueriles, se sustentaban en una base objetiva: la inútil batalla contra circunstancias demasiado duras y bien establecidas. Así entré, casi sin darme cuenta, en el conocimiento de algunos graves problemas vitales, relacionados con los pueblos y su experiencia social. Toda persona guarda dentro de lo más oculto de sus tesoros internos alguna palabra favorita. La mía, además del nombre de mi primera novia —que nunca escribo ni pronuncio— es la siguiente realidad.

* * *

Después de la muerte de mi padre asistí, como alumno, a la escuela primaria de los Planes de Renderos. En ese vecindario vivían los parientes que nos habían dado albergue cuando perdimos nuestro hogar. Dicho lugar, ahora

conocido como bello sitio de recreación y paseos, toma su nombre del apellido de la familia de mi madre, pues hace algún tiempo gran parte de sus tierras era de los **Renderos**. Al irse poblando el lugar de residencias y quintas de recreo, mis parientes retrocedían y retrocedían. Unos se vieron urgidos a vender baratas sus propiedades; otros salieron de allí por esto o por aquello; los más escucharon notificaciones de embargos, como la que nosotros oímos en hora tremendamente inolvidable.

Los recuerdos de la infancia son hondos y persistentes. Algunos del tiempo escolar adquieren un cierto carácter de heridas en nuestro corazón. Nos duelen, nos atraen y nos encantan con sus vivencias retenidas. Son —como decía mi padre— los peldaños por donde sube el muchacho que se va volviendo hombre hasta las cimas del edificio de la vida. Realmente, todos esos íntimos recuerdos, como nombres de compañeros de aventuras en los ríos, de entradas al cercado ajeno, de diarias y múltiples enseñanzas y penas, están en la base de nuestra formación de adultos. Lo complicado y difícil viene después. Es entonces el momento de agitar las manos con desesperación, de restregarnos los ojos para despertar, a fin de comprender lo que es la vida.

Yo no comulgo con los existencialistas. Los detesto por esta razón: por las soluciones simplistas que ofrecen para resolver los problemas cardinales de la existencia. Sin embargo, pienso a veces que desde mi infancia voy dejando por los caminos un hilo de sangre.

Las ideas que expongo ante usted, doctor, afiebran mi cabeza cuando quiero sintetizar en la memoria los problemas y dolores de la época en que mi padre murió. Trato de valorar los propósitos y actos de un hombre honrado, vencido por circunstancias enemigas. El actuó como actúan los ciegos cuando se tocan el rostro y los ojos sellados: creen palpar la vida e imaginan que es ésta la que carece de facultades visuales. En los ciegos falta el órgano normal de la vista; en muchísimos hombres aparentemente sanos lo que falta es claridad en la conciencia, para poder conocer e interpretar el mundo y la vida de los hombres. Cuando mi padre perdió su casa y su pequeña finca, lo perdió todo: bienes materiales, amigos, salud, tranquilidad. Todo le fue adverso. Hasta su Dios lo dejó en el olvido.

* * *

Le repito, doctor, que desde el momento en que mi padre se sintió sin techo y sin medios para rehacer lo que le habían arrebatado, hasta el último instante de su existencia, creyó que aquel desastre había ocurrido por voluntad del **Maligno**. Igual que el hombre primitivo, sólo podía explicar los acontecimientos de la existencia relacionándolos con seres todopoderosos y sobrenaturales. Por eso hasta se le ocurría rogar a Dios para que castigara al Demonio. ¡Tenía plena seguridad de que al fin el culpable sería castigado!

Algo semejante pensaba mi madre, en otro espacio de meditaciones. Ella no culpaba a Satanás, pero atribuía lo ocurrido a la **religión protestante**. Nos aseguraba que si nos hubiéramos mantenido fieles a las creencias católicas no habríamos sufrido tanto. Para ilustrar sus ideas recurría a ejemplos

tomados de algunas familias ricas del país. Repetía que no por casualidad escaseaban los millonarios en la religión de mi padre. De habérselo mantenido en la religión católica, añadía, “otro gallo nos hubiera cantado”

¡Cómo iban a comprender aquellos dos seres, buenos y sencillos, los procesos sociales que se engendran en la realidad que nos rodea! Me dan lástima, ahora, y los aprecio cada día más. No puedo culparlos de lo sucedido. De hacerlo, así llegaría al mismo punto donde ellos llegaron: mi padre culpando a Satanás; mi madre a la religión protestante; yo... ¿culpando a los dos?

En nuestros días cualquier jovencito adivina lo que pasa en este agitado mundo. Ya no es necesario ser Prometeo para robar el fuego de los dioses y para inyectar ese mismo fuego en los que luchan porque la humanidad sea más libre y digna.

Bueno, doctor, larga es mi historia y temo cansarlo con ella. Pero usted necesita saber quién soy yo, y sólo puede conocerme mirando el fondo de mis pensamientos. Ser juez es algo hermoso, dice usted. Le ruego conteste lo que voy a preguntarle: ¿Debo ser juez de mis padres? Usted, doctor, es un académico; sin embargo, ¿podría explicarme con claridad, verdad y acierto las leyes que rigen el desarrollo de la historia humana? Lo veo asombrado ante mi nueva pregunta. No se moleste en contestarla. Sé que no podría hacerlo. Usted —tan buen médico— tiene conocimientos superficiales en el campo sociológico. Por eso hablaba nuestro Alberto Masferrer de la caricatura de las profesiones. Perdóne que sea tan franco.

¡No debo juzgar a mis padres! De eso estoy seguro ahora. Ellos no vislumbraban, ni remotamente, lo que yo veo con claridad cabal en todos los problemas que nos afligen o circundan. Toco y peso las cadenas que atan y detienen. Para romperlas lucho. ¡Es mi más urgente misión!

¿Verdad que Satanás es inocente, doctor?

LA NOVELA DE ANTON

“Tienes que escribir esa novela” “Debes escribirla necesariamente” —era la voz del imperativo propio, escuchada, sin tregua por Antón—. No obstante, él siempre admitía aquella permanente sugerencia como una obligación ineludible.

—¡Sí! Es verdad, debo escribirla! He llegado a la plena convicción. Después de meditar largos años sobre el asunto, me he percatado de que no me queda otra salida. Mejor dicho, esa es la solución única y lógica. Escribir... escribí... ¡Ah!

¡Como voy a gozar escribiendo mi novela! ¡Tendré la oportunidad de vivir miles de veces el mismo instante! El bello y doloroso instante siempre estará a mi alcance y será mi espejo ¡Este sí será un perfecto goce! ¡Dichosas mis manos, mi cabeza y la realidad que bebo!! No todas las personas pueden aspirar a un privilegio como éste! Generalmente los individuos viven su instante una sola vez ¡Ah! ¡Un momento! ¡Aquí hay algo más! ¡No todos los individuos viven su instante! Estoy persuadido de ello Vivir el instante significa tener conciencia de que se le vive ¡Eso es!

Estoy convencido: hay gente que vive, únicamente porque no está muerta ¿Lo sabrá esa señora que acaba de abordar el autobús trayendo de la mano a su pequeño hijo? ¿Vivirá su instante este hombre sentado delante de mí? Parece tan ausente del mundo que ni siquiera el movimiento del vehículo que nos transporta logra imprimirle un poco de cadencia Su cabeza fija sobre sus hombros me recuerda una protuberancia de granito Esta muchacha le vestido celeste que viaja sentada a mi lado, no vive su instante Estoy seguro de ello La he venido observando desde el mismo momento en que abordé el bus Me ha llamado la atención es bonita, atractiva Según parece no pasa de ser una secretaria más, como hay miles Desde que se sentó a mi lado no ha hecho sino examinarse cuidadosamente las uñas A decir verdad, tiene uñas delicadas Mejor dicho, un delicado color de rosa pálido se ha convertido en uñas de señorita En las tolvas de las caracolas marinas se repite exactamente ese color

Por un momento he llegado a creer que el agradable olor a sándalo que llega a mi nariz brotaba de esas uñas de suave color, pero no es así Lo he comprobado Cuando el autobús frenó con cierta brusquedad he aprovechado para comprobar mi hipótesis Deliberadamente fingí que dormía e hice que el efecto del repentino frenaje del vehículo me impulsara hacia ella Me recliné súbitamente sobre su pecho ¡Qué suavidad de musgo tiene el pecho de esa señorita! De la manera más galante me he disculpado Nada me dijo, tan solo me regaló una leve sonrisa ¡No! No son las uñas las que despiden el delicioso aroma No recuerdo en que calle o pueblo del mundo he sentido antes ese mismo perfume Por un instante casi he creído que esa olorosa esencia la sentí en algún sitio de París No sé con precisión en cuál Pero también me come una duda: a lo mejor fue en el Cáucaso oriental, tal vez en Gagra, en el poema-ciudad de las riberas del Mar Negro No lo sé

—¡Que bobo soy! Por venir pensando cosas bellas no me he percatado de esta realidad vulgar ya el autobús llegó al final de su vía y soy el único pasajero a bordo ¡El vehículo está detenido! Debe haber llegado aquí hace ya varios minutos! Pense que veinte minutos antes yo debía haber marcado mi tarjeta de entrada al trabajo! ¡Y ahora ¿cómo voy a explicar mi retraso en la Oficina? La otra vez, hará unos diez días, me ocurrió casi lo mismo ¡Qué estúpido soy! En aquella oportunidad debí contarle cualquier historia al gerente para justificar mi tardanza ¡Pero! Le conté la verdad ¡El hombre se puso furioso! Me reprendió fuertemente Después, me interrogó con brusquedad diciéndome “¿Es usted cajero del banco o novelista?”

—¡El banco —dijo en aquella ocasión— necesita hombres de temple acorazado! ¡Que se muevan como una pieza absolutamente indispensable colocada

dentro de la maquinaria del reloj! ¡De lo contrario esto no funcionaría! ¿No lo comprende? ¡Los minutos que usted debe trabajar en nuestra institución están calculados uno a uno! ¡Ni novelistas ni poetas!

Yo, por mi parte, no hice en aquella oportunidad sino quedarme callado. Todas me las tragué. Inmediatamente dediqué mi atención a los clientes del banco a través de mis funciones de cajero. Ahí encerrado, en ese compartimiento absurdo de mi caja, he pensado muchas veces acerca de la ofensa inferida a mi espíritu de novelista. Estar espionando el mundo por una ventanilla es duro ejercicio. Los clientes llegan. Meten la mano con sus papeles o dinero. Miro, cuento, pongo el sello. Firmo. Realizada la operación. ¡Ni una palabra! ¡Esa es toda mi labor! ¿Qué soy yo? ¿Una rata metida en este agujero de mi ventanilla? ¿Nada más que eso? ¿Para qué diablos cayó en mí este grano de sensibilidad que tanto amo, y que hoy vaga huérfano y detestado como una peste? ¡Para nada me sirve!

Bueno. Después de todo ahora debo volver al banco. El tiempo retrasado suma ya cincuenticinco minutos. Debí entrar a las 2 menos cuarto. Ahora faltan solamente 20 minutos para las tres. A esta hora, por lo general, el banco está lleno de clientes. ¡No! ¡No vuelvo más! Es decir iré únicamente a entregar mi renuncia irrevocable, y a pedir mi solvencia de hombre honrado. Lo que soy yo, no aguantaré más otro regaño del gerente ni de nadie. ¡Oh, libertad!

Tengo otras cosas que hacer. Debo escribir mi novela. Esto es vital para mí. Debo escribirla. Siento en la sangre el llamado del arte. Esa voz no me deja hacer nada. Constantemente me está martillando la cabeza, "debes escribir tu novela". "Es necesario que la escribas". ¡Tengo que escribirla!

Francamente, no sé cómo es este gerente. Me presenté decidido a renunciar de modo irrevocable y esta vez no quiere aceptar mi renuncia. Y como si eso fuera poco, hoy dice que sentiría mucho mi retiro. ¡No comprendo! La otra vez por sólo diez minutos de retraso me llamó fuertemente la atención. Amenazó con despedirme en cuanto hubiera motivo. Hoy, cuando soy yo quien desea dejar el banco, el gerente no está conforme con mi decisión. Pero no puedo seguir así. Me quedo de cajero, expuesto a los caprichos temperamentales del gerente o me marcho a realizar mi sueño. Mi novela es necesaria. Las mil veces que me he propuesto vivir el mismo instante debo sentirlos con todo mi cuerpo y plasmarlos en el papel con tinta imborrable. Después, nadie me perdonaría el no haber cumplido mis intenciones maduras durante tanto tiempo. ¡Sí! ¡Largo ha sido el tiempo! ¡Años de perenne tiamar en el cerebro la cuestión, sin atreverme a cumplirla! ¡No! ¡Eso no puede ser! Yo mismo, pasado algún tiempo, no podía perdonármelo. ¡Quizás hasta me convertía en mi propio verdugo! ¿Con qué palabras voy a contarle a mis hijos que tuve un sueño largamente urdido y jamás realizado? ¡Debo actuar como hombre definido! ¡Tonto sería ceder ante cualquier sentimentalismo del gerente! Mi sueño es considerado por mí, como algo capaz de imponerse y persistir, no ante pequeñas tormentitas, sino ante borrascas colosales, o ante el tiempo mismo. ¡Oh! ¡El tiempo! Hoy mismo, en cuanto salga de este maldito encierro, donde estoy atrapado como un insecto más, pondré definitivamente mi renuncia. Si por cualquier

circunstancia me siento coaccionado o influido a no renunciar, me consideraré ofendido. ¡Ya está! ¡Amenazaré con hacer pública mi renuncia para tener base legal el día de mañana, al llevar este asunto hasta los tribunales, si eso es preciso. ¡Ah, pero si actúo de esa manera también encuentro dificultades! Me vería obligado por el propio procedimiento, a revelar mi secreto, y entonces no tendría objeto ni siquiera pensar en renunciar. ¡Estoy atado a mi martirio como un cordero!

—¿Pero no crees que mientras tanto, debes ahondar un poco más en el plan de tu novela? ¿En las incidencias del desenvolvimiento? ¿En las formas de vida de los personajes, en los hilos de la trama? ¿En la psicología de esos seres a quienes piensas dar vida en una estructura artística? ¿Cómo piensas escribir tu obra? ¿Clásica antigua o clásica moderna? ¿O quizá piensas valerte de la antinovela? ¿Quién será tu guía? ¿Stendhal, Chéjov o algún novísimo?

—Ninguna de las cuestiones interesantes que has enumerado me hace falta considerar. Todas ellas se han tomado en cuenta. En cuanto a lo que se refiere a la estructura de mi novela, es algo que no puedo confiarte, pues constituye parte de mi éxito de novelista. Los personajes ya están caracterizados: llegaron de la vida a mi cabeza. El argumento está definido con bastante precisión. El espíritu de esos seres queridos ya vive plenamente, realizado en mi conciencia. ¿Sabes? Me he preparado muy bien para ser buen escritor y deseo que nada falle a última hora.

De la misma manera que lo hacen las más importantes cancillerías, las más cuidadosas, para causar buena impresión con sus actos protocolarios, yo también he realizado un ensayo general con mis personajes. Desde luego, tú no ignoras las ceremonias de palacio. Las cosas ahí se miden segundo a segundo, de modo que todo resulte perfecto. Pues eso espero hacer en mi novela. ¿Entiendes? Ya está estructurada y ensayada. Los personajes han sabido demostrar lógica y realismo en sus actuaciones.

En cuanto al maestro que me servirá de cicerone, también lo he estudiado y aprendido. Ya compuse varias veces su biografía, su comportamiento personal, sus costumbres íntimas. Conste, no se halla entre los maestros de la novela que has mencionado. Tampoco es un anti-novelistas. Mi novela —¿entiendes?— debe ser algo distinto de cuantas novelas se hayan escrito hasta hoy. ¿No lo crees? ¿Piensas que pecco de inmodesto? Te equivocas. Yo también tengo lo mío, lo propio, y no perderé la oportunidad de manifestarlo. Además, comprendo mi deber con suma claridad: debo aportar algo raro, original, a la literatura. Un estilo diferente, la renovación de la prosa castellana. Actualmente está seca, desvitalizada. Carece de precisión y de contenido profundo. Las cosas se dicen de modo ambiguo, y nadie sabe a qué ateneise. ¿Ves como tengo razón? Es necesario renovar. Si tú miras a tu alrededor verías inmediatamente que no hay ni un solo aspecto de la vida que no deba renovarse. Por lo que a mí se refiere, estoy completamente seguro de que se impone renovarlo todo. ¿Dudas? ¡Allá tú! Yo cumplo con mi deber. Es la vida. ¿Entiendes? Mi novela será mi novela.

—¡No señor gerente! No renuncio para aceptar algún cargo en otro banco. Estas ofertas de mejor empleo se quedan coitas con mis intenciones, me

retiro a mi casa, al silencio, a la tranquilidad. Los quince años trabajados aquí en este banco han creado cierta rutina en mi modo de vida. Sería difícil ignorar eso. Pero no es conveniente que yo desista de mis propósitos. ¡Me voy! Algo me llama a mi propia autorrealización! ¡Necesito encontrarme a mi mismo a través de la vivencia de mi instante! ¡Actuar es necesario!

Aquel maldito edificio ya pesaba demasiado sobre mis hombros. ¿Qué era yo? ¿Mítico atlante cargando sobre mi espalda una mole deshumanizadora? ¡Pues bien... éso terminó! Espero que no sea para siempre.

Todo está listo, tinta abundante y abundante papel. La mesa donde habré de vivir lo que viviré no es incómoda. Es mi vieja mesa de formica y aluminio. Aquí trabajaré. ¡Ah! pero ante todo hay que ser pulcro! Así lo mandan las leyes que rigen la profesión del escritor. Por lo mismo, son necesarias serenidad y acción. Las manos deben estar limpias para tocar la verdad, la cabeza fresca para penetrar en lo profundo; el corazón ardiendo como la llama del primer suspiro, el pensamiento dispuesto para calar en las honduras del espíritu, los sentidos atentos y obedientes al disfrute cabal de la conciencia; la voluntad animosa y la lógica clara. ¡Ah! Un poco de higiene es factor de primera importancia en estos casos. Ya está lejano el tiempo de los poetas melencólicos y barbones. La bohemia romántica también es ya cosa del pasado. De modo que tomaré un baño. Me afeitaré. Algo de loción. Talcos.

¡Qué bonita la tarde para empezar a cumplir mi propósito! Está llena del sol luminoso del invierno. ¡Aquellos nimbos blancos como inmersos algodones no están mal como parte del paisaje que debo describir. La cordillera lejana e irregular, cubierta por su leve azul. El cielo abierto para las alas infinitas, y yo junto a esta pared manchada por la pena. Tu retrato en mi mesa. Libros escogidos. Una garza de cuerno de buey, labrada por las manos de un pisco. Un cuadro con la niña de vestido amarillo y su cesta plana con flores de color veranero. La cama donde duermo o descanso. Un conejito de porcelana de Ulán Bator. Dos enormes naranjas verdirrojas.

Todos aquellos elementos habían sido tomados en cuenta para el primer capítulo. Uno de los aspectos que más cuidé, fue el que se refería a la presentación de los personajes. Así empecé mi trabajo, mejor dicho mi sueño. Mas la tarde llena de luz fue poniéndose oscura. En el lugar ocupado hacía poco por blanquísimas concentraciones de sol, ahora había negros nubarrones. Todos los ámbitos se fueron llenando de tinieblas. Como un rayo negro volaba sobre aquella tarde un gran albatros presidiendo la tempestad. Las ondas sonoras llegaban desde la profundidad distante, con raras tonalidades envejecidas con milenios y milenios-luz. Empezó a llover fuertemente. No paré de escribir aunque los truenos se sucedían intempestivos. Podía escuchar cómo mi pluma rasgaba velozmente el papel. Una cuartilla, otra y otra.

Cuando yo era chico no temía a las más furiosas tormentas, ni a los rayos. Ahora, al filo de las doce de la noche, siento un miedo terrible. ¡Debo superar esta crisis! Tengo ante mí una tarea más grande que una montaña. Escribir mi novela es algo grande. Bueno, por algo es un mandato del espíritu.

¡No puedo más! Descansaré. Esto es un shock, sin duda. ¡Es necesario descansar! Desde el día en que empecé a realizar mi sueño hace ya mucho tiempo me he bañado y afeitado no sé cuántas en ocasiones ¡Docenas y docenas de veces! A estas horas todas las papelerías están cerradas y no es posible continuar escribiendo! ¡Se acabó el papel!

Creo que en todo caso es mejor descansar y recordar un poco los elementos de la siguiente parte

He realizado desde hace cinco años, cuando inicié mis labores, (soñando lo que iba a hacer) dos terceras partes de mi novela. Esta constará de bueno para qué decirlo. No hace falta. Lo esencial es que la novela esté organizada lo más pronto posible, pues el editor me la está pidiendo, exigiendo. Por más que el muy terco se ha empeñado en conocer el contenido, la trama, los nombres de los personajes y otros elementos, no ha logrado ni lograr nada de mí. No se lo diré todavía.

Por mucho tiempo he estado casi convencido de que debo corregir lo escrito. Mas no me animo. Pienso que todo está dispuesto de la mejor manera, y no debo suprimir ni agregar nada ni siquiera una coma.

Nuevamente sin cigarrillos. ¡Es fastidioso! Qué clase de escritor soy yo, si no tengo cigarrillos! Y el jairo de café vacío! Vamos —me digo— no te desalientes! Otros con menos talento que tú han triunfado. Tú conoces la vida, la penetras. Tienes capacidad de análisis, condición indispensable en un buen novelista. Haces lo que los demás no pueden hacer. Ir más allá de los sentidos.

—Estoy muy contento contigo. Me has guiado muy bien por la vida. Imagínate! Jamás pensé que yo sería importante, y menos un personaje de tu novela. Me siento más emocionado, sabiendo que soy uno de los personajes centrales de tu obra. Sé que haces todos los esfuerzos requeridos para escribir una novela seria, de profundo contenido. Pero desde hace días me obsesiona una inquietud. Quiero preguntarte: ¿cómo lograste meterme en los laberintos por donde me has llevado? ¿Por qué me has puesto a jugar el papel de ese personaje? Estoy seguro de que es a tí a quien correspondía desempeñarlo. No a mí. Mira, presiento que no llegaré al final. Ese papel que me has asignado es cruel, es doloroso. Hasta hoy he sacado fuerzas de mi flaqueza para hacerte quedar mal con tus lectores. Pero te prevengo: sería más conveniente buscar otro individuo para tu actor. Mi dimisión es inminente, pues tal como las cosas se van desenvolviendo, me esperan momentos muy duros. Creo que hasta moriré. ¡Yo no quiero morir! ¡No quiero morir todavía! Anoche derramaste lágrimas sobre el papel escrito. Antes, hiciste algo parecido. Has llorado bastante sobre mí. Aguantar esto por más tiempo, me es imposible!

Por otro lado, la muchacha esa, la que me has encomendado conducir en tu novela, se está volviendo neurótica. Me asusta con su histeria. ¿Te das cuenta cabal de lo que pasa? Muchas veces el corazón se me ha reblandecido. Ella es demasiado tierna para mí. Yo no quiero seguir a su lado. O la cambias por otra muchacha que se adapte a mis sentimientos, o me escaparé de estos

papeles Ya estoy cansado de lo que hacen conmigo, tú y ella ¡Bonita tarea la de aguantar a los dos!

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡Si te atreves a insultar no respondo de mí! ¿Comprendes? Tienes que seguir adelante Debes actuar como yo quiera, ¡y hasta que yo quiera!

—Veo que eres cruel Antón ¡Estás deshumanizado! No por casualidad fuiste empleado de banco durante quince años! ¿Crees que yo soy una calculadora para que me manejes a tu antojo? ¿Crees, de veras, que me llevarás como a un niño por donde tú desees? ¡Te equivocas! ¡Yo he nacido libre y no seré por más tiempo esclavo! ¡O me sacas de tu novela o !

Estoy a punto de terminar mi obra. ¡Qué feliz soy! ¡Mi sueño casi está plasmado! He vivido tantas veces el mismo instante Me siento enternecido Colmado de ilusiones extraordinariamente bellas casi mágicas

¿Y ahora qué? ¡El revoltoso ése, se negaba a seguir adelante! No quería actuar más Hoy como ya es un importante personaje de novela, pone sus condiciones: él desea guiarme a mí, y no yo a él ¡Vaya! El muy descarado ya no recuerda cuando lo recogí en un barrio pobre, ¡casi muerto de hambre y humillado por todos! Pero no saldrá con la suya Lo obligaré a que actúe, y deberá hacerlo a mi modo, tal como está previsto en mi plan Irá a donde yo quiera llevarlo

—¿Pero qué es lo que has hecho, desgraciado? ¿Por qué has dicho eso? Bien sabías que ese parlamento no debía expresarse en la forma en que lo has expresado! ¡Has cometido un crimen! ¡Has pronunciado el nombre sagrado! ¡El nombre de ella! ¡El nombre que yo jamás había dicho en alta voz! ¡Nadie más que tú sabía ese nombre! ¡Lo has echado a perder todo! ¡Y lo has hecho adrede! ¡Mi sueño deshecho por tu sucia boca! ¡Maldito seas miserable! ¡Pero no te saldrás con la tuya! ¡Nada me importa ya!

Así fue cómo aquel hijo mío, el personaje creado por mí, me traicionó Lo recogí de un barrio pobre de la ciudad de San Salvador Lo puse a actuar junto a mi novia eterna. Se enamoró locamente de ella Cuando no pudo seducirla y conseguir sus propósitos, gracias a la fidelidad que me guarda, decidió vengarse de ella y de mí Confabuló a los demás personajes de mi novela y derrumbó para siempre mi sueño Actuó de manera voluntariosa Abusó de mi confianza Yo, atenido a su lealtad, nunca corregía lo escrito Por eso dijo parlamentos a su modo Preparó poco a poco situaciones que no estaban en el plan de la obra Creó conflictos innecesarios Mató personajes por la mera ambición de sobresalir Envileció el alma de no pocos de mis hijos He ahí el resultado de confiar de antemano el secreto del autor a un personaje de su novela ¡Traición! ¡Sí ! Eso es ¡traición !

Aun después de toda aquella desgracia seguía en mi cabeza la idea de realizar mi sueño Dichosamente se me acabó la tinta y no fue posible seguir escribiendo Me puse triste ¡Jamás me he sentido más triste en mi vida como entonces! Yo quería decir algo, gritar terriblemente, ¡mas no podía! Me sentí como el último de los hombres! Sin embargo, todavía me quedaba la última posibilidad de rescatar mi felicidad lejana, personaje central de la

novela, y nombre con que siempre he designado a mi eterna novia, para no revelar su nombre verdadero. Nadie lo sabe aún, excepto el pillo ese que se escapó de mi pluma. Mejor dicho, lo sabía, porque murió llorando y pronunciando el nombre de ella! ¡Yo no podía dejarlo vivo! Cuando se me acabó hasta la última gota de tinta, todavía quise seguir adelante, escribiendo con la pluma seca. Me conformaba con trazar rasgos en el papel, con la esperanza de repintarlos algún día. Mas me di cuenta del grave peligro que aquello significaba para mí. Entonces decidí inutilizar la pluma clavándola en la mesa, en los ladrillos del piso. Encendí una hoguera y quemé todo ¡todo! Absolutamente todo lo que había escrito en 2295 días correspondientes a nueve años justos.

Por fin pude poner a salvo el honor de ella y el mío. De modo, Señor Editor, que ese fue el final de la novela que usted quería publicar con carácter exclusivo. Algún día volveré a probar suerte. Aunque dudo que me alcance la vida para terminar de vivir el instante.

